

## Capítulo 28

# EL DESARROLLO DE LA IDENTIDAD SEXUAL

*Carmelo Vázquez*

El proceso de adquisición de la identidad sexual se inicia desde muy temprano. Desde **del nacimiento se asigna a niñas y niños un nombre propio sexuado**, se les pone ropas diferentes, se les hace regalos diferentes y, lo que sin duda es más importante, **se les trata de modo diferente** a veces mediante procedimientos muy sutiles e inconscientes para la mayoría. Ahora bien, este «etiquetamiento» tiene, a diferencia de otros, un fuerte componente emocional. De hecho, un niño de 2-3 años de edad puede enfadarse mucho si se le llama «niño» o «niña» incorrectamente (Lewis, 1987)

### ¿Cómo se forma la identidad sexual?

Los factores biológicos prenatales o posnatales, sean hormonales o de otro tipo, parecen jugar un papel tenue en comparación con la **poderosa influencia que ejerce el modo en que se cría a la criatura**. Si es criada como un niño, se sentirá «niño»; si es criada como niña, se sentirá «niña».

El proceso psicológico más importante en la tipificación de la identidad de género es el de la **identificación**: la imitación de un modelo con quien uno cree compartir algunos atributos. La identificación supone, además, un proceso de absorción íntima de valores, creencias, actitudes y emociones (Lewis, 1987).

De este modo, el **aprendizaje social** es la vía fundamental en el surgimiento de las diferencias sexuales conductuales y emocionales.

Como es bien sabido, uno de los ámbitos más fuertes en los que este proceso opera es en las relaciones hijo-padre e hija-madre. Así, desde muy temprano, niños y niñas orientan muchos de sus comportamientos y valores en función de los que manifiestan, respectivamente, sus padres y madres (Papalia y Olds, 1985). En el juego de «los papás y las mamás», niños y niñas reproducen desde muy temprano los estereotipos sexuales: las niñas preparan la comida mientras los niños salen a trabajar.

Sin embargo, es también muy importante lo que se denomina **rol recíproco**. En este caso se trata de la influencia del padre del sexo opuesto. Es decir, las relaciones padre-hija y madre-hijo. Aunque aún no disponemos de muchas investigaciones controladas sobre esto,



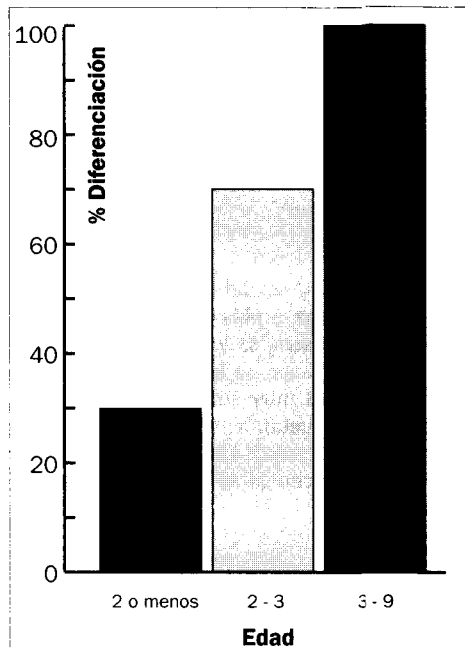


Figura 1. Porcentaje de niños y niñas que se auto-identifican correctamente como «niños» o «niñas», respectivamente (López, 1992).

este caso, los roles del progenitor del otro sexo parecen no tener mucha importancia.

## ¿Cuándo comenzamos a saber a qué sexo pertenecemos?

Posiblemente en los 18 primeros meses de vida comienza la formación de la identidad sexual. Sin embargo, es muy difícil saberlo científicamente, ya que el lenguaje y la capacidad de introspección son aún escasos. Lo que sí es claro es que, **a partir de los 18-24 meses**, ya son observables indicios fiables de que niños y niñas ya han adquirido algún conocimiento de las asignaciones sexuales. A esta edad comienzan a preferir juguetes, ropa, etc., que culturalmente se consideran «adecuados» del sexo respectivo.

A partir de los 2 años de edad comienzan ya a saber **autodenominarse** como «niños» o «niñas». Es decir, ya no sólo manifiestan comportamientos, preferencias, intereses, etc., que juzgamos conven-

parece que la influencia de los roles recíprocos es especialmente importante en las niñas. En efecto, varios estudios han demostrado que las hijas de mujeres muy femeninas no son necesariamente femeninas, mientras que las hijas de hombres fuertemente masculinos y que aprueban la femineidad sí tienden a ser femeninas. Es decir, parece que la femineidad de las hijas depende más de las conductas y valores de los padres que, paradójicamente, de las madres. Sin embargo, no hay datos que demuestren que, por ejemplo, los hijos de madres muy femeninas tiendan a ser muy masculinos. En

cionalmente como características de su sexo, sino que además comienzan a saber que pertenecen a una de las dos categorías existentes (López, 1988, 1992). Entre los 2 y 3 años de edad, prácticamente la mayoría de los niños/as se autoclasifican **correctamente** y son igualmente capaces de clasificar con bastante acierto la categoría sexual de los demás (figura 1).

Naturalmente, con la adquisición de una autoclasificación correcta no acaba el proceso de diferenciación sexual. En realidad no ha hecho nada más que comenzar. Poco a poco las actividades se van diferenciando más, rechazan jugar con juguetes, o vestirse con ropas del sexo contrario, o prefieren para jugar compañeros del mismo sexo. Probablemente este proceso de diferenciación, o tipificación sexual, no acaba nunca. En cada edad se **exige** cumplir determinados papeles que son «característicos» de cada sexo y hay presiones más o menos fuertes para que las personas tengan comportamientos ajustados a los mismos.

En este sentido es importante subrayar que esta progresiva diferenciación no surge espontáneamente, como algo que estuviera biológicamente preprogramado. Por el contrario, el ambiente va modelando, como un escultor con su cincel, estas diferencias. A este respecto se ha comprobado, por ejemplo, que antes de los 2 años de edad **los padres se comportan de modo diferente hacia sus hijos en función del sexo de estos**: 1) les dan juguetes diferentes; 2) les visten de modo diferente, y 3) interactúan con ellos diferencialmente<sup>2</sup>.

En todo caso, durante la infancia este proceso de tipificación sexual se intensifica. En general, cada niño/a prefiere jugar, hablar, reunirse con compañeros de su mismo sexo, y esto, poco a poco, hace que se vayan acrecentando más las posibles diferencias iniciales. Durante la **adolescencia** el proceso continúa y es posiblemente donde más presiones diferenciadoras existen. Sin embargo, es en ese momento cuando comienzan a abrirse más los grupos de cada sexo debido al comienzo del cortejo o flirteo.

<sup>1</sup> Lewis (1987) ha demostrado que, al menos en hogares norteamericanos, en las habitaciones de los niños hay más juegos de construcción, más camiones y más pistolas que en las de las niñas, mientras que estas poseen más pianos y muñecas. No hay diferencias significativas en ositos de peluche, pelotas, puzzles o pizarras.

<sup>2</sup> Por ejemplo, los padres zarandean más en sus juegos a los niños que a las niñas.

**A pesar de lo que padres y educadores suelen decir, y a pesar también de que en la actualidad hay menos prejuicios, existe un fuerte proceso de socialización sobre los juguetes. Desde prácticamente el inicio de la vida se ofrece a niños y niñas juguetes «proplos» de su sexo, y se les refuerza más positivamente cuando juegan con estos que cuando lo hacen con juguetes del sexo contrario<sup>1</sup>.**

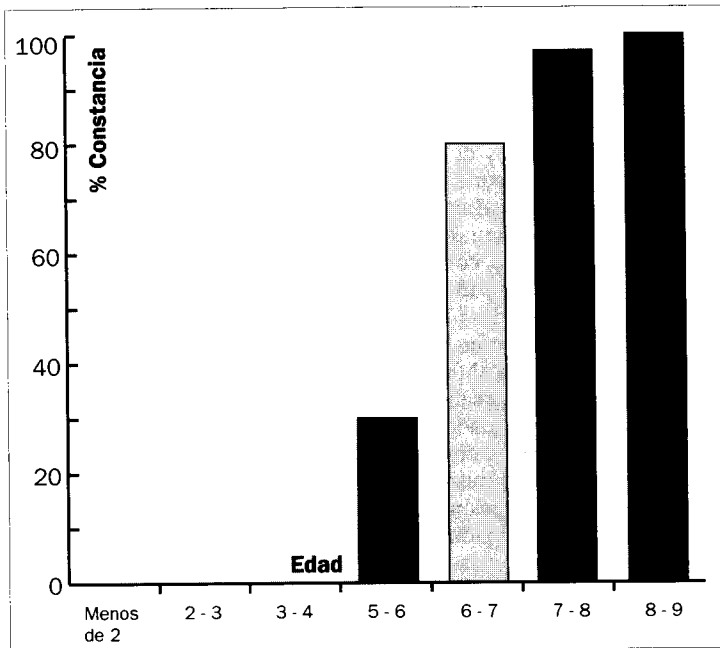


Figura 2. Evolución de la noción de «permanencia» de la identidad sexual (López, 1992).

## Identidad sexual y desarrollo cognitivo

Desde el comienzo, los bebés oyen y aprenden palabras como «niño» y «niña», quedan asignados a esas categorías, y hacia los 2-3 años de edad saben qué etiqueta de género les corresponde. Este rótulo les sirve además para saber qué tienen que hacer, cómo tienen que comportarse, o qué emociones es deseable manifestar. Pero hasta prácticamente la pubertad este concepto mental no es totalmente flexible. En efecto, como señala López (1992), hasta los 5-6 años de edad, la idea que tienen los niños de la «identidad de género» es peculiar: creen que es como cualquier otro atributo y, por tanto, uno puede cambiar de sexo prácticamente a voluntad («si mi papá se viste de mujer es una mujer»). En este sentido, **su modo de pensar está muy ligado a elementos observables y concretos**: creen que la identidad sexual depende de elementos externos tales como el maquillaje, peinado, ropas, accesorios, tono de voz, etc. Este apoyo en los aspectos observables hace que les sea más fácil reconocer la identidad sexual de una persona vestida que de una desnuda.

A partir de los 6-7 años de edad se va haciendo mucho más robusta la identificación de género. A esta edad ya comienzan a considerar de modo bastante consistente que **ser hombre o ser mujer es algo estable, permanente, y que no depende de los atributos externos** que una persona pueda adoptar (figura 2). Siguiendo esta misma dirección, a partir de esta edad comienzan ya a distinguir más fácilmente entre roles de género e identidad sexual. Comienzan, pues, a saber que lo que uno/a hace no está absolutamente determinado o ligado a su condición de hombre o mujer. Comienzan a apreciar que los roles o funciones que uno/a desempeña son bastante **arbitrarios**, dependiendo de modas, circunstancias, contextos culturales, etc.

## Adolescencia e identidad sexual

Durante la pubertad y adolescencia se produce una situación algo paradójica. Por un lado, la idea de que la identidad sexual es permanente está plenamente establecida. Además, saben ya perfectamente que los roles sexuales son convenciones culturales, y por tanto ni son innatos ni determinados biológicamente. Sin embargo, y aquí está la paradoja, esta mayor flexibilidad conceptual se acompaña por una **acentuación en la diferenciación sexual**. Los adolescentes saben que la mayor parte de las diferencias son arbitrarias, pero sucumben ante ellas y hacen esfuerzos por reforzarlas.

Durante este período se acrecienta la necesidad de autoafirmación a través de la propia identidad sexual y en este sentido es necesario reconocer el impacto **indirecto** de los factores biológicos sobre este proceso. Por ejemplo, una maduración sexual temprana, aunque dentro de límites normales, favorece el proceso de identidad sexual y, además, favorece también las relaciones interpersonales y la propia autoestima.

Se desarrollan, por tanto, muchos cambios biológicos sexuales (cambios en apariencia, tamaño, vello, etc.) y la identidad sexual se plantea ahora una serie de interrogantes desde unos parámetros nuevos. Ante estos cambios, bastante definitivos en la configuración de la propia morfología, surgen en muchas ocasiones dudas, rechazos y angustias.

**Aunque a los adolescentes, y en especial a los varones, normalmente les preocupan los atributos «propios de cada sexo», lo que finalmente absorban y manifiesten de masculinidad y femineidad dependerá en buena medida de la influencia que los diversos agentes de socialización tengan durante el período en que les haya tocado vivir. Este proceso de aprendizaje por limitación modelado de la conducta es muy intenso y, en la mayor parte de las ocasiones, tiende a sustentar y reforzar diferencias míticas y estereotipadas entre hombres y mujeres. Un objetivo prioritario de una educación igualitaria es precisamente intentar atenuar estos estereotipos en todos sus frentes.**

«¿Soy ya un hombre (o mujer)?», «¿parezco afeminado?», «¿soy ya atractiva para los chicos?», son las típicas preguntas que implícita o explícitamente comienzan a acosar a los púberes y adolescentes. De este modo, su propia identidad sexual puede sentirse amenazada y, no lo olvidemos, estas nuevas situaciones son normalmente ansiógenas. De hecho, aproximadamente tres de cada cuatro jóvenes a estas edades desearían cambiar algún aspecto corporal propio si ello fuera posible (cf. López, 1992).

Sin embargo, este proceso de autocuestionamiento no es libre. Por el contrario, es bastante coaccionante, dado que existe una gran presión hacia la conformidad y los **estereotipos sexuales** que proviene de muchos frentes (sobre todo, medios de comunicación, compañeros, escuela y padres).

●